

Ensayo sobre Historia de la Etnología Brasileña

Por el Dr. Herbert BALDUS, Catedrático de la Escuela Libre de Sociología y Política de S. Paulo, Brasil. Trad. del Dr. Juan Francisco RECALDE. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

EL repertorio crítico de la literatura etnográfica sobre los indios del Brasil que publicaré en breve, trata de varias centenas de obras.

Las descripciones hechas de aquellos indios, por los blancos, comenzaron con la llegada de Cabral. *Pero Vaz de Caminha*, escribano de la flota portuguesa, redactó en 1500 su célebre carta al rey *Don Manuel*. Es así que, la historia de la etnología brasileña como de la suramericana en general, comienza con el descubrimiento del Brasil.

Contiene cada siglo datos notables, datos de valor para nosotros de hoy día, que medimos ese valor tanto por la exactitud y multiplicidad de las observaciones comunicadas, como por el grado de distancia en que el observador se colocó en relación a los preconceptos de su propio pueblo, procurando comprender objetivamente la cultura extraña que se propuso observar.

La exactitud de Vaz de Caminha se demuestra, por ejemplo, mediante la siguiente descripción del tembetá: “ambos presentaban el labio inferior perforado y metido en él un hueso verdadero, largo como el ancho de la mano, grueso como un huso de algodón, agudo en la extremidad

como un perforador. Lo introducen por la parte de adentro del labio y la parte que queda entre el labio y los dientes está hecha como la torre de ajedrez. Y lo llevan allí encajado de suerte que no les lastima, ni les estorba para hablar, para comer o para beber". El número de datos, aprovechables etnológicamente, es mayor en esa carta que en otros documentos de principios del siglo XVI, que se refieren a indios del Brasil. Además, Vaz de Caminha no sólo evita desfigurar los hechos observados, sino que llega a manifestar su opinión sobre los habitantes de la tierra descubierta con las palabras siguientes: "Según lo que a mí y a todos pareció, a esta gente no le falta otra cosa para ser toda cristiana que entendernos". Formar tal concepto acerca de representantes de una cultura completamente extraña a la suya, revela una tendencia que podríamos llamar "etnocentrífuga".

Igual falta de preconceptos determinados por los valores morales de su propio pueblo, demuestra también el autor de la carta cuando escribe que una india tenía "sus vergüenzas tan desnudas, y con tanta inocencia descubiertas, que no había en ello desvergüenza alguna".

Las obras quinientistas más importantes para el conocimiento de los indios del Brasil, son las de Hans Staden, Jean de Léry, Joseph de Anchieta y Gabriel Soares de Souza. Tratan principalmente de los Tupinambá. El arcabucero alemán Staden pasó nueve meses como prisionero de esos indios y publicó al respecto, en 1557, un libro que representa la primera monografía sobre una tribu del Brasil. Léry lo recomendó a "todos los que desean saber en verdad cómo son las costumbres de los brasileños". Además de describir el objeto, Hans Staden nos da su designación en lengua india, y para mejor esclarecimiento incluye una xilogravura. Ese opúsculo es hasta hoy, por la variedad de sus datos, muy consultado. A pesar de haber estado largo tiempo en peligro de ser devorado por los Tupinambá, fué sin resentimiento alguno que Staden los describió en su narración. Desapasionadamente relata detalles de la antropofagia observada y explica su causa como siendo el odio contra los enemigos de la tribu, y no el hambre. La apariencia física de esos caníbales es, para él, tan atrayente como la de su tierra, esto es, de Hesia.

El misionero calvinista Léry, natural de Borgoña, afirma haber estado, durante casi un año, en trato familiar con los Tupinambá. Sus observaciones no son menos exactas y variadas que las de Staden, superando su libro al del alemán en materia lingüística. Sin haber conocido la obra de Staden, antes de publicar la suya, Léry confirma la explicación dada por Staden tocante a la causa de la antropofagia, y, más minucioso

que éste, hace todavía una distinción entre los sentimientos de venganza que llevan en general a los Tupinambá a comer carne humana y la gula especial de ciertas viejas.

Al misionero jesuíta Joseph de Anchieta, debemos preciosidades filológicas y otros datos sobre los antiguos Tupí, con los cuales convivió decenas de años. Le debemos también informaciones relativas a la organización del parentesco y al orden matrimonial, informaciones que, en las obras sobre los indios del Brasil de los siglos siguientes, sólo encuentran similares en algunos trabajos muy recientes.

Gabriel Soares de Souza, señor de ingenio, indudablemente uno de los portugueses más cultos que vinieron al Brasil quinientista, declara haber residido en este país durante diecisiete años. Además de tratar de múltiples aspectos culturales de los Tupí de Baía, asemejándose a Anchieta en la consideración de los aspectos sociológicos, da noticias de las diversas tribus del litoral, desde los "Tapuias" del Amazonas, hasta los "Tapuias" del río de la Plata.

En comparación con las obras quinientistas, las del siglo siguiente no representan gran enriquecimiento para la Etnología Brasileña. Las informaciones de los autores más arriba citados y que se refieren principalmente a los Tupí de S. Pablo, Río y Baía, son acrecentadas por dos capuchinos franceses, los padres Claude d'Abbeville e Ives d'Evreux, sobre los Tupí del Marañón.

Debemos a la invasión holandesa noticias sobre los indios del nordeste publicadas en los libros de Leat, Barlaeus, Marcgrave, Roulox Baro y otros. Su mayor valor no está en la referencia sobre los Tupí, sino en el material sobre los llamados Tapuia. Ehrenreich reunió ese material, que fué ilustrado por el pintor Albert Eckhout, en su artículo sobre antiguos retratos de indios suramericanos. Los informes acerca de los habitantes del Amazonas, escritos por el jesuíta Acuña que bajó por el gran río un siglo después del viaje de Orellana narrado por Carvajal, son, como los de este su antecesor y compatriota, casi inaprovechables. En su obra aparecida en 1663, el jesuíta Vasconcellos hace una tentativa de clasificación de las tribus del Brasil, reduciéndolas a dos "naciones genéricas" que, a su vez, por la diferencia de lengua, son subdivididas en "especies". Llama una de esas naciones de "Indios mansos", formando los Tupí una "especie" de ella. La otra nación es la de los "Indios bravos", o "Tapuias". También en el siglo XVII se destacan los jesuitas por las contribuciones lingüísticas, siendo la obra más importante de aquella época la del padre Montoya.

El siglo siguiente fué casi estéril para la Etnología Brasileña. Los resultados de los viajes del naturalista Alexandre Rodríguez Ferreira, son insignificantes en lo tocante a la descripción de los indios, a juzgar por lo que fué publicado de su obra. Francisco Rodríguez do Prado, en 1795, escribió su pequeña monografía sobre los Guaikurú, tribu que vivía en los valles del río Paraguay, alrededor del fuerte que comandaba ese oficial portugués. Es una exposición exacta, si bien muy resumida, de la cultura de esos indios y una prueba sorprendente de la comprensión y simpatía que animaban al autor. Por coincidencia feliz, 25 años antes, el jesuíta Sánchez Labrador escribió su gran obra sobre los mismos indios y sus vecinos Guaná, dándonos así, el siglo XVIII, dos buenos trabajos de importancia aumentada por el hecho de que se completan mutuamente.

Durante el siglo XIX la Etnología se transformó en una ciencia, esto es, en un campo de trabajo de científicos especializados. Es verdad que solamente en la segunda mitad de este siglo aparecieron trabajos de etnólogos propiamente dichos. Si bien el "Viaje al Brasil" del príncipe de Wied Neuwied, publicado en 1820 y 1821, hubiese sido, antes de todo, el trabajo de un zoólogo, abrió camino a los estudios indianistas. Antes de esa publicación no existía una descripción de tribu brasilera comparable a su monografía sobre los Botocudos. Ya no es el colono, el soldado o el misionario el que habla, como en las obras mencionadas de los siglos anteriores. El autor es cientista experimentado, discípulo de Blumenbach, escrupuloso en observar, exponer y formar juicios, apartado de los pre-conceptos de su época y óptimo escritor. No reunió material sobre tantas tribus como su contemporáneo Martius, ni significa tanto para la historia de la Etnología Brasileira como éste, pero le superó, indudablemente, en objetividad y exactitud.

Carl Friedrich Phil von Martius, cuando llegó al Brasil el año 1817 (año en que terminó el viaje de Wied), tenía como tarea principal el estudio de la flora. Durante los tres años siguientes en que recorrió el interior del país, de San Pablo al Marañón, remontando después el Amazonas, quedó conociendo indios de numerosas tribus, pero generalmente individuos aislados de su cultura originaria y muy influenciados por el contacto con los blancos, o bien tribus que sufrieron considerablemente esas mismas influencias. Fueron tales indios que sirvieron de base a la formación de determinadas hipótesis del gran botánico. Martius no se limitó a mencionar apenas, en los volúmenes de la narrativa de sus viajes, los datos etnográficos que recogió en el Brasil, sino que los reunió más tarde en obras especiales. Generalizaba livianamente para formular hipótesis.

Según una de ellas, "los americanos no son salvajes sino decaídos en el salvajismo, restos degradados de un pasado más perfecto, en vías de degeneración mucho antes de la llegada de los europeos". Una de sus teorías lo hizo caer en el error de d'Oreigny, que consideraba los Karaib como parientes próximos de los Tupí, exagerando de esa manera la extensión e importancia de estos últimos... Además de eso, el Brasil le parecía etnográficamente un enorme hormiguero donde las tribus migraban sin cesar, dividiéndose, mezclándose y transformando sus lenguas. Es de extrañar que, a pesar de eso, Martius tuvo el coraje de elaborar la clasificación de los indios de este país y de las regiones limítrofes, que marcó época en la historia de la Etnología Brasileña. Esa sinopsis, coordinando en un esfuerzo admirable todo el material disponible hasta 1867, comprende no sólo una faja más o menos ancha del litoral, sino también, por primera vez, todo el Brasil. No obstante ciertas deformaciones injustificables, nos dió el punto de partida para la exploración puramente etnológica. No quiero decir con eso que sin el trabajo de Martius, Karl von den Steinen y Paul Ehrenreich hubiesen dejado de emprender sus memorables expediciones. El trabajo de Martius les sirvió de fundamento para sus nuevas clasificaciones y les indicó muchos problemas a estudiar.

Las dos expediciones de von den Steinen al Xingú, realizadas en 1884 y 1887, son los mayores acontecimientos etnológicos brasileiros del siglo pasado. Era la primera vez que en el Brasil se organizaban grandes y costosos viajes con el objetivo principal de estudiar indios. Los resultados fueron sensacionales. Wied y Martius habían tratado solamente con indios que ya habían estado en contacto inmediato con los blancos, mientras que las tribus encontradas en el alto Xingú por von den Steinen, no habían tenido ni siquiera relaciones indirectas con nuestra civilización. Además, estas tribus formaban un conjunto aislado de representantes de las cuatro principales familias lingüísticas del Brasil, a saber: Tupí, Karaíb, Aruak y Ge. Ese descubrimiento y su estudio consiguiente dieron material de valor perenne para la historia cultural del continente, completaron y modificaron el mapa etnográfico y nos familiarizaron con la vida india como ningún estudio anterior y como pocos posteriormente lo hicieron. Fué una feliz coincidencia la de que un hombre como Karl von den Steinen hubiese sido el primero en encontrar esos indios, pues observó con tanta sutileza e interpretó con tanta vivacidad, minuciosidad y comprensión esas sus observaciones, que su colega Erland Nordenskiöld pudo escribir en su necrologio: "Hojeando cualquier manual de etnografía, historia de las religiones, sociología, psicología, historia de las plantas

cultivadas, etc., encontramos siempre el nombre de Karl von den Steinen y, muchas veces, algunas líneas de ese hombre de genio, que inspiraba tratados enteros a otros". En el estado actual de los conocimientos etnográficos brasileños el libro de von den Steinen nos parece a veces anticuado; efectivamente, no siempre él esclarece suficientemente las diferencias entre las tribus de las cabeceras del Xingú, hablando de ellas frecuentemente de una manera genérica. Le faltan datos sociológicos. Sin embargo, el libro "Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens", aparecido en 1894, es no solamente la obra prima de la etnología brasileña del siglo pasado, sino que también continúa siendo, bajo varios aspectos, una introducción fecunda al estudio de los indios del Brasil.

Al lado de su imponente figura, empalidece la de Ehrenreich, quien, después de haber acompañado a von den Steinen en su segundo viaje al Xingú, visitó rápidamente los Karayá del Araguaia y algunas tribus del Purús, habiendo ya estado antes entre los Botocudos de Espírito Santo y Minas Gerais. Sus trabajos etnográficos sobre todos esos indios no pasan, en general, de ligeras notas, y la lectura del mejor de ellos, esto es, del estudio sobre los Karayá, se volvió indispensable, en su mayor parte, por las publicaciones de Krause en 1911. Las sinopsis hechas por él, del material etnológico del Brasil, eran fundamentales en su tiempo, y hoy son anticuadas. Las obras de Ehrenreich sobre mitología suramericana comparada y antropología física de los indios del Brasil, si bien anticuadas en cierto sentido, no fueron hasta hoy superadas.

Entre los viajeros del siglo XIX que, sin ser etnólogos profesionales, contribuyeron para el conocimiento de las tribus de ese país, se destacan el pintor Boggiani, con su libro magníficamente ilustrado sobre los Kaduveo, y Goncalves Tocantins, con una monografía sobre los Mundarukú, siendo todavía dignos de nota, Couto de Magalhaes, Barbosa, Rodríguez, Telémaco Borba y el Vizconde de Taunay. En cuanto Martius, von den Steinen y Ehrenreich, los tres principales iniciadores de la etnología brasileña del siglo pasado, procuraban abrazar en sus trabajos, el mayor número posible de tribus y diferentes aspectos culturales, construyendo hipótesis y extendiendo sus clasificaciones más allá de los límites del Brasil, Max Schmidt, en su libro aparecido en 1905 suministra datos de diversas especies, sobre las varias tribus visitadas, distinguiéndose por el estudio fundamental de determinada especie, esto es, sobre la técnica del trenzado de los Guató y de los indios de las cabeceras del Xingú. Entre tanto, Max Schmidt, como lo demuestran los relatos de sus viajes posteriores a Matogroso, nunca convivió lo suficiente con una

tribu para hacer lo que hoy llamaríamos “estudio intensivo”, esto es, una penetración concretamente documentada de la totalidad de las relaciones y funciones de una cultura, considerando debidamente la organización social y los fenómenos religiosos. Es preciso decir, sin embargo, que él no dejó de pisar el campo resbaladizo de la “Historia Cultural” con su disertación sobre la expansión de los Aruak. Pero, lo que le caracteriza la personalidad científica y constituye valor capital para el desenvolvimiento de la etnología, es su tendencia a los estudios ergológicos y económicos cuyos asuntos se le presentan como más perceptibles, mejor documentables y, por consiguiente, menos sujetos a mistificaciones y mal entendidos que aquellos de la llamada “cultura espiritual”, en el sentido dado a este término por K. Th. Preuss y otros pesquisadores de fenómenos religiosos. No obstante, eso no lleva a Max Schmidt a olvidar el hombre como factor decisivo también en la “cultura material”. Así, considera él no solamente la economía como proceso social, sino también, en la ergología la finalidad de cada objeto físico, colocándose de este modo en oposición al padre Wilhelm Schmidt cuando éste se limita a comparar formas sin dar importancia a la función.

Por iniciativa del dinámico Adolf Bastian, que por diversas razones merece el nombre de padre de la etnología, el museo etnográfico más importante del mundo fué el de Berlín, tornándose Alemania el país más rico en colecciones etnográficas brasileñas. Volvióse entonces idea predominante de los estudiosos de pueblos naturales, que se está aproximando la última hora de estos pueblos y, con eso, la extrema necesidad de salvar todo aquello que podría servir para documentar su cultura ante la posteridad. Quería recoger, todavía, del mayor número posible de etnias diversas, el mayor número posible de documentos. Es obvio que, para tal fin o en tales circunstancias, trataran de reunir antes de todo lo más accesible, esto es, los utensilios, armas, adornos y otros objetos “tangibles”. Karl von den Steinen, encaminado por Bastian a la etnología y después de él Max Schmidt, administraron la sección suramericana del Museo de Berlín y la enriquecieron considerablemente con las colecciones recogidas durante sus viajes. Koch-Grünberg y Fritz Krause, otros dos indianistas a quienes la etnología brasileña mucho debe, viajaron con el mismo objetivo y fueron encargados más tarde de funciones semejantes, dirigiendo el primero el Museo Etnográfico de Stuttgart y el segundo el de Leipzig. Ha sido para este museo que Krause coleccionó en 1908, en el valle del Araguaia. Koch-Grünberg recorrió en los años

1903 a 1905 el noroeste del Brasil, por encargo del Museo berlinense, teniendo como objetivo principal traer material para sus vitrinas. Es natural pues que las obras sobre esas dos expediciones reflejasen sus motivos por la abundancia de datos concernientes a los tesoros acumulados para los museos y por la escasez de informes psicológicos y sociológicos.

Además de eso, Koch-Grünberg, cuya instrucción universitaria era esencialmente filológica, dedicó gran parte de sus actividades a recoger de boca del indio vocablos, frases y textos. Reuniendo ese material de decenas de tribus, contribuyó más que cualquier otro al conocimiento de las lenguas del indio del Brasil y se transformó por la elaboración comparativa en una de las mayores autoridades en lingüística suramericana. Su fama adquirida al respecto por las publicaciones sobre lenguas del noroeste brasileño creció al aparecer en edición póstuma el tomo lingüístico de su gran obra sobre la expedición del Roroima al Orinoco, realizada por él en los años de 1911 a 1913. Otro de los cinco volúmenes concernientes a este notable viaje es uno de los mejores trabajos de mitología suramericana, dedicado por el autor a su maestro Karl von den Steinen. El tomo referente a etnografía propiamente dicha es excelente, en la parte ergológica y muestra cómo, Koch-Grünberg, observa mejor de lo que hacía anteriormente, los fenómenos religiosos y sociales, si bien sus datos sociológicos estén todavía lejos de satisfacer las actuales exigencias.

Tales exigencias fueron satisfechas, en lo tocante a tribus brasileñas, solamente por pesquisas más recientes y, principalmente, por los últimos trabajos de Curt Nimuendajú. Este autor, nacido en Jena y naturalizado brasileño, publicó en 1914, como su primera obra, un magistral estudio sobre la religión de los Apapocuva-Guaraní, horda de su padre adoptivo y de la cual recibió el nombre indio hoy tan querido para los colegas y tan conocido de todos los estudiosos. El mencionado trabajo es el fruto de un convivio de varios años con los Guaraní del sur de Matogroso y del Estado de S. Pablo, conteniendo además del material mitológico, abundantes datos sobre lingüística, psicología e historia de migraciones. Las otras veinte y una publicaciones de Nimuendajú aparecidas en los años de 1914 a 1932, en su mayor parte son vocabularios de numerosas tribus del norte del Brasil por él visitadas, mitos de los Crengéz, Tembé y Xipáia, destacándose las pequeñas monografías sobre la cultura de los Parientintin, Palikur y Tukuna. Instigado por R. H. Lowie, el explorador se dedicó, desde 1935, a estudiar, principalmente, la organización social de los Ge del Norte, de ahí sus trabajos fundamentales sobre los Canela,

Cherente y Apinayé, que inauguran nueva fase en el desenvolvimiento de la Etnología Brasileña.

Es verdad que ya la monografía del padre Colbacchini sobre los Boróro Orientales, aparecida en 1925, presenta, al lado de páginas preciosas sobre mitología, lingüística y etnografía en general, detallado estudio sociológico. Nimuendajú, sin embargo, secundado por el autor de "Primitive Society", superó considerablemente al misionario salesiano, profundizando considerablemente ciertos problemas de esta especie, descubriendo otros y ensanchando con eso, de manera sorprendente, nuestro conocimiento de las posibilidades y realidades sociales. Lo mismo podemos decir de Jules Henry y Charles Wagley, discípulos de Franz Boas, que recientemente trabajaban en el Brasil.

El presente resumen no enumera, al lado de las figuras máximas de la Etnología Brasileña, los nombres de todos aquellos que, por sus estudios "in loco" o de gabinete, contribuyeron para el conocimiento de los indios del Brasil. Son muchos, y entre ellos hay etnólogos de reconocido valor. Sobresalen sin embargo, entre los autores del siglo XX, dos brasileños: Capistrano de Abreu en su monografía *sui generis* sobre los Kaxinaúa y Roquette-Pinto en el libro sobre los Paresí y Nambikuara, encontrados por la heroica Comisión Rondón.

Martius, von den Steinen y Ehrenreich publicaron mapas lingüísticos del Brasil y von den Steinen estudió cartográficamente la distribución geográfica de ciertas palabras. De esta manera los tres autores iniciaron el estudio de la "Historia Cultural" de los indios de este país, formando hipótesis sobre antiguas migraciones y parentescos. Herrmann Meyer, autor de las publicaciones sobre dos viajes al alto Xingú hechas en 1896 y 1899, es más conocido por la pequeña monografía limitada al estudio de la difusión de las variedades de arco y de flecha en el Brasil Central, difusión ésa también representada cartográficamente. Después de él fueron realizados estudios de la distribución geográfica de determinados "elementos culturales" en el Brasil, en la América del Sur o en todas las Américas por Friederici, Wilhelm Schmidt, Erland Nordenskiöld, Stahl, Métraux, Krickeber, Rydén, Haeckel y otros. El padre W. Schmidt aplicó al material suramericano el método de los "ciclos culturales" (*Kulturkreislehre*) con sus conceptos formados en el estudio de la extensión de complejos grupos invariables de fenómenos culturales de otros continentes. Con eso dió motivo a graves objeciones de Ehrenreich, Krause y otros americanistas. Nordenskiöld y Métraux procuraban entonces la región de mayor distribución de cada uno de los "elementos culturales",

para poder llegar a la construcción de nuevas hipótesis en relación al origen y migración de estos elementos y de sus portadores. Varias tribus Tupí servían a Klimek y Milke, para un análisis estadístico de “elementos culturales” y a Métraux para un estudio puramente histórico que coordena noticias sobre sus migraciones durante los siglos XVI a XX.

En su libro aparecido en 1905, publicaba Max Schmidt un interesante capítulo de doce páginas con el título: “Penetración de la cultura europea en la región de las cabeceras de Xingú”. A pesar de eso, datos científicos sobre aculturación de indios del Brasil eran escasos y esporádicos, hasta que el autor de las presentes líneas tentó estudiar sistemáticamente, en sus “Ensayos de Etnología Brasileira” ese aspecto de la mudanza cultural entre varias tribus del centro y sur del país.

Las síntesis del material de Etnología Brasileña que mejor caracteriza el respectivo estado de su desenvolvimiento, fueron hechas por Martius en 1867, Ehrenreich en 1891 y 1905, Wilhelm Schmidt en 1913, Krickeberg en 1922, Estevao Pinto en 1935, Pericot y García en 1936, y Gillin en 1940, refiriéndose exclusivamente a la lingüística las publicadas por Rivet en 1924, Wilhelm Schmidt en 1926 y Loukotka en 1939.

*

* *

La historia de la etnología presentando datos sobre los pueblos observados, los suministra también sobre el pueblo del observador. Es la historia de nuestro conocimiento de los otros y de nuestro comportamiento en relación a ellos. Los hechos que principalmente llaman la atención del observador, hablan respecto a él y a su pueblo en determinada época. En otras palabras: la elección de los hechos, de parte del observador, representa cierta información sobre el ambiente social y cultural en que él se crió y estaba acostumbrado a vivir.

Vaz de Caminha y los suyos se interesaron por el aspecto físico y adorno de los indios, por su comportamiento en relación a los advenedizos y por las indicaciones que hicieron sobre la existencia del oro y de la plata. La carta de 1500 pone en evidencia el buen tratamiento que los portugueses dieron a los indios, “para amansarlos”, cuando fueron huéspedes de sus naves. Finalmente, la misiva indica como objetivo principal, “Salvar esta gente”, mencionando, en seguida, la utilidad de tener en la tierra descubierta “esta posada para la navegación de Calcut”. Varios pasajes de la epístola revelan la gran cautela de los portu-

gueses en no exponerse a una sorpresa hostil de parte de los indios. En resumen, al lado de ciertos intereses intelectuales, esto es, curiosidad en conocer gentes y cosas extrañas, muestra el documento intereses materiales en encontrar metal precioso y asegurar el camino marítimo para la India, e intereses religiosos, pues da gran importancia al “aumento de nuestra santa fe”. Todo eso fué manifestado con intenciones benévolas y completamente pacíficas que, sin embargo, no excluyeron el racionalismo del autor ni la desconfianza estratégica de sus compañeros.

La observación en el diario de Pero López de Souza, de ser las mujeres tupí de Baía, vistas por el autor en 1531 “muy hermosas q ño hã nenhua enveja as de rua nova de Lixbõa”, puede ser un juicio puramente estético, pero no deja de hacer recordar las tendencias típicamente portuguesas en la política de población colonial, esto es, la actividad procreadora del luso en cualquier ambiente racial y con cualquier cantidad y calidad de mujeres.

Entretanto que esos escritos de la primera mitad del siglo XVI encaran amablemente el aspecto externo de los Tupí, la “Historia de la Provincia Santa Cruz” de Magalhaes de Gandavo, aparecida en 1576, ya da a conocer otro modo de ver de los portugueses, resultante del contacto más largo con esos indios, cuando de ellos declara: “...son desagradecidos en gran manera y muy deshumanos y crueles, inclinados a pelear y vengativos en extremo”. Había llegado la época en que el portugués consideraba al indio como esclavo o enemigo.

Era, sin embargo, común a casi todos los mencionados autores de los siglos XVI, XVII y XVIII, esto es, desde Vaz de Caminha hasta Rodríguez do Prado, tener el cristianismo como patrón supremo para pensar y obrar. Había solamente diferencias y hasta contrastes en la interpretación y aplicación de ese deber sagrado con respecto a los indios. Para aumentar la gloria de Dios, algunos entablaron relaciones amistosas, otros mataron e hicieron esclavos. En medio a relatos verídicos, encontramos, a veces, deformaciones consiguientes de la Edad Media en la cual se perdió, como se sabe, gran parte de las adquisiciones científicas de la antigüedad y con ellas también la objetividad en la apreciación de los pueblos exóticos, patentes en obras de arte egipcio, desde el segundo milenio antes de Cristo y en momentos de victoria del Imperio Romano. El obscurantismo medieval que para representar convenientemente a los paganos resucitó quimeras de la antigüedad e inventó otras, sobrevivió en aberraciones de la naturaleza personificadas por tribus del Brasil.

En el siglo XVII, los padres Acuña y Simón de Vasconcellos dieron noticias sobre “naciones” enteras de gigantes, enanos, amazonas, y de gentes con los pies vueltos para atrás, corriendo, a pesar de eso, para frente. Todavía al finalizar el siglo XVIII el naturalista Rodríguez Ferreira preguntaba: “¿Será cierto que entre las muchas naciones de gentíos, que habitan en el Jurua, confluyente del río Solimoes, existe la de los Cauaná, especie de pigmeos, de estatura tan baja que no pasan de cinco palmos? ¿Será cierto que la de los Uginas, del mismo río, consta de Tapias dotados de apéndice caudal?”

Indudablemente tal sed de sensaciones causadas por la imaginación de anormalidades, tenía cierta relación con el vivo interés por la antropofagia que caracterizó a la Etnología Brasileña de la segunda mitad del siglo XVI. Era también asunto predilecto de los autores de esa época, todavía no citados, como André Thevet y Fernao Gardim.

Simultáneamente con la tendencia a saborear fenómenos horripilantes, se manifestó la inclinación para tornar más bella la realidad. Así en los grabados del libro de Léry se representan escenas de espíritus malignos, en forma asombrosa, atormentando pobres Tupinambá y también retratos de hombres y mujeres de esta tribu correspondiente al ideal de la belleza europea de entonces, que nos hacen recordar a la comparación de las Baianas indias con las lisboetas del diario de López de Souza.

Tales “hermoseamientos” de pueblos naturales alcanzaron su auge en la época en que Jean-Jacques Rousseau elogió el supuesto estado paradisíaco de esa gente. Martius también vino al Brasil con preconceptos semejantes. La desilusión sufrida en la cabaña india le hace mudar de opinión y manifestarse de acuerdo con autores coetáneos, como Friedrich Creuzer y su escuela, en cuyas representaciones los pueblos naturales no pasaban de degenerados. Aplicando este concepto a los indios del Brasil, Martius tuvo ocasión de externar lamentaciones filantrópicas y revelar, con eso, el ambiente social y cultural en que él mismo se criara. Era el de la burguesía alemana, de la época del romanticismo, la casa de un farmacéutico en Erlangen, aparentemente bien diferente del castillo de Neuwied donde naciera el etnógrafo de los Botocudo. A pesar de ser hijo del mismo tiempo, este precursor de Martius en la exploración y descripción de cosas brasileñas, sabía mostrarse humanitario sin la verbosidad sentimentalista del sabio bávaro.

El evolucionismo de Darwin y Spencer, que orientó a las ciencias, en la segunda mitad del siglo pasado, está representado en la Etnología

Brasileña, principalmente, por Karl von den Steinen. El descubridor del Alto Xingú disertó brillantemente sobre el origen de la producción del fuego, de la olería, del dibujo, de las máscaras, del número dos y de otros fenómenos culturales, considerando a la América del Sur el campo más ventajoso de experiencia “para resolver el problema del proceso de desenvolvimiento del grado inferior para el superior”. También Ehrenreich probó haber vivido en la misma época, contemporáneo del evolucionista Tylor, cuando con referencia a los Karajá y a otras tribus suramericanas, habló del animismo como “la más baja forma de vida religiosa”.

Las obras del antropogeógrafo Ratzel, aparecidas en los dos últimos decenios del siglo XIX, forman una especie de reacción contra el evolucionismo en la etnología. El camino de un fenómeno cultural por el espacio, le interesa más que por el tiempo. Es verdad que Martius se ocupara con problemas de migraciones y que ignoramos la influencia de Ratzel sobre von den Steinen y Ehrenreich al estudiar las mismas cuestiones. Un producto directo de la influencia del afamado geógrafo es, sin embargo, la monografía de Meyer sobre la distribución del arco y de la flecha y, como perfeccionador de esa corriente anti-evolucionista, se designa a sí propio el padre W. Schmidt, si bien que su orientación histórica no concuerde muy bien con tal afirmativa.

El estudio de la “Historia Cultural” que este autor considera como el objetivo principal de la etnología incitaba naturalmente aquel “espíritu de la última hora” que obligaba a los viajeros desde von den Steinen hasta Koch-Grünberg y Max Schmidt a recoger, antes de todo, el material amenazado de extinción. Pero el desenvolvimiento de la Sociología repercute, de una manera creciente, en las pesquisas etnográficas, y la intensificación de choques entre pueblos y razas de todos los continentes durante y después de la primera guerra mundial, llama la atención sobre los problemas de la aculturación. El interés por esta “etnología aplicada” aumenta rápidamente con la influencia de Thürnwald, Herskovits, Redfield, Linton y otros. Así, al lado del “espíritu de la última hora”, surge el espíritu de la “primera hora” que no mira solamente para atrás, sino principalmente para el presente y para el futuro. Se considera como comienzo de la comprensión psicológica de los pueblos extraños el reconocimiento de la necesidad del “estudio intensivo” por el convivio de muchos meses y años con la misma gente. Este “espíritu de la primera hora” no teme quedar atrasado para el trabajo “in loco”, pues sus posibilidades son innúmeras.